

ANÁLISIS HISTORIOGRÁFICO DE LA CONSTRUCCIÓN DE LAS SOCIEDADES DEL PRIMER MILENIO DEL ÁREA VALLISERRANA COMO OBJETO DE ESTUDIO ARQUEOLÓGICO

HISTORIOGRAPHIC ANALYSIS OF THE CONSTRUCTION OF THE EARLY PEASANT SOCIETIES OF THE VALLISERRANA AREA AS AN ARCHAEOLOGICAL RESEARCH OBJECT

SALAZAR, JULIÁN^I

ORIGINAL RECIBIDO EL 15 DE OCTUBRE DE 2012 • ORIGINAL ACEPTADO EL 10 DE DICIEMBRE DE 2013

RESUMEN

Las sociedades aldeanas del primer milenio d.C. en el NOA, especialmente en el área Valliserrana, han sido un objeto de estudio sustancial para la arqueología argentina. En torno a su investigación se han generado narrativas, modelos y herramientas teóricas que cristalizaron en enfoques más amplios para la comprensión del pasado prehispánico. En este trabajo se presenta un análisis historiográfico de las distintas posturas teórico-metodológicas que han construido relatos acerca de este proceso, poniendo atención a tres aspectos: la escala de análisis, la visión del cambio y el papel de la materialidad. La reflexión pretende explicar la trayectoria de los diversos contextos de producción del conocimiento y revisar críticamente la visión que considera la posibilidad de explicar estos fenómenos bajo categorías esencialistas como Agroalfarero Temprano o Formativo.

PALABRAS CLAVE: Arqueología; Historiografía; Primer milenio; Formativo; Noroeste argentino.

ABSTRACT

First Millennium AD peasant societies have been a main archaeological research object addressed by Argentinean archaeology. Upon their study there have been generated narratives, concepts and theoretical models that resulted on the formalization of narratives for the understanding of pre-Hispanic past. This paper presents a historiographic analysis of the main archaeological narratives that have set out narratives about this process, drawing attention to three topics: the scale of the analysis, the social change concept, and the role of materiality. This explains the trajectories of the different contexts of knowledge production and critically revises the vision that considers the explanation of these phenomena under the categories of Early or Formative Period.

KEYWORDS: Archaeology; Historiography; First Millennium AD; Formative; Northwestern Argentina.

^I CONICET • CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS PROFESOR CARLOS S. A. SEGRETI, UNC. LUIS ROSSI 3321 (CP 5016), CÓRDOBA, ARGENTINA • E-MAIL: jjsalba@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Unos siglos antes del inicio de la era, en distintas áreas del Noroeste Argentino (NOA), pequeños grupos que basaban su subsistencia en diversas estrategias productivas, i.e. agricultura, pastoreo o cierta mixtura entre las mismas¹, comenzaron a generar evidencias que pueden interpretarse como los primeros poblados permanentes en esta porción del área Andina (Albeck 2000; Castro y Tarragó 1993; González 1977; Korstanje 2007; Olivera 1991, 2001; Raffino 1977; Tarragó 1999).

Estas sociedades, en virtud de su sedentarismo y de las estrategias productivas, comenzaron a alterar sensiblemente el entorno en el que habitaban². Los asentamientos se constituyeron a través de múltiples estructuras con diversas funcionalidades. Los espacios residenciales eran delimitados por muros construidos con materiales perecederos en algunos casos y no perecederos en otros. La superposición de viviendas y depósitos de basuras conformaron a través del tiempo, en ciertas regiones, túmulos o montículos elevados. El acondicionamiento de campos de cultivo implicó la construcción de muros de contención del relieve, terrazas y cuadros, montículos de despedre y recintos asociados a la agricultura. El pastoreo también involucró la construcción de corrales y estructuras para el manejo de animales. Todas estas actividades generaron además cuantiosas masas de desechos, que se acumulaban en basureros formales. Las localidades ocupadas se fueron convirtiendo en marcas formales y duraderas en el paisaje que denotaban la apropiación de *loci* específicos a determinados grupos (Haber 2001, 2006). En este sentido también se observa una continuidad de las prácticas pretéritas de asociar a los ancestros, sus cuerpos o las representaciones de los mismos, con la demarcación de los espacios o recursos (Aschero 2007).

La permanencia en el mismo lugar por períodos prolongados generaba la posibilidad de ampliar los objetos que se producían y uti-

lizaban. De la misma manera, el incremento de la producción tecnológica y de los artefactos poseídos se convertiría en un limitante en sí mismo a la movilidad de las poblaciones. El aumento de las tecnologías manejadas se vería fomentado por la diversificación de los recursos consumidos, especialmente los vegetales que necesitaban de tiempos de procesamiento y cocción más prolongados (Olivera 1991). La alfarería, junto a la textilería fue la materialidad mayormente producida y utilizada en este momento, convirtiéndose en una variable que no sólo respondía a necesidades funcionales, sino también a otras numerosas dimensiones sociales (políticas, religiosas, ideológicas, estéticas, etc.).

Los distintos grupos que se asentaron en la variabilidad de ambientes que caracteriza a los Andes del Sur, se diversificaron notablemente entre ellos, no sólo por las condiciones físicas que posibilitaban o impedían determinadas prácticas, sino también por las diferentes trayectorias históricas de cada uno de ellos. Parecen ir surgiendo identidades diferenciadas, que se pueden haber plasmado e intensificado en distintos modos de construir viviendas, confeccionar vasijas o venerar a los ancestros, generándose un complejo cuadro de poblaciones, que compartían algunos principios de organización de la producción, intercambiaban manufacturas y materias primas, pero se diferenciaban bastante entre sí. Sin embargo, las intensas relaciones entre las distintas sociedades y las prácticas de movilidad que mantuvieron siempre los pueblos andinos, hacen que aún nos encontremos lejos de comprender acabadamente cómo se habían constituido dichos patrones identitarios y las relaciones entre los mismos.

De esta manera la evidencia arqueológica generada por las poblaciones a través de los últimos siglos a.C. y el primer milenio de la era, permite pensar, aunque de manera no excluyente, en sociedades productoras de alimentos, sedentarias, que manejaban múltiples tecnologías, como la alfarería, la arquitectura, la textilería y la metalurgia (Albeck

2000; Olivera 2001; Tarragó 1999, entre otros). La clave de este proceso es la aparición y afirmación de la vida aldeana, un modo de existencia novedoso, que generaría cambios sustanciales en las maneras de vivir de las personas y, sobre todo, en los modos en que se relacionaban con el mundo, con los demás seres humanos y no humanos con los que convivían.

En estas nuevas condiciones las prácticas y estrategias de los agentes fueron readaptadas, los principios de construcción de los espacios sociales reconfigurados, y los capitales en lucha diversificados y multiplicados, en múltiples procesos que variaron notablemente en distintos ámbitos espacio-temporales del NOA. Si hasta la década de 1990 el *Formativo* se entendía como un periodo o como un tipo social caracterizado por un conjunto limitado de estrategias sociales, económicas o adaptativas, los estudios arqueológicos de los últimos tres lustros han resaltado la diversidad y variabilidad de fenómenos, condiciones y situaciones que se han englobado dentro de esa categoría (Delfino *et al.* 2009; Haber 2001, 2006, 2011; Scattolin 2004a; Korstanje 2005, Ledesma y Subelza 2009; Muscio 2009; Quesada 2006, Scattolin y Korstanje 1994; Seldes y Ortiz 2009; Oliszewski 2011).

Resulta sustancial entonces analizar cómo se ha ido transformando la concepción de las sociedades aldeanas del primer milenio d.C. poniendo énfasis en las explicaciones alternativas sobre el cambio, que surgen de visiones contrapuestas de lo que es la sociedad, la causalidad, los mecanismos de articulación entre los agentes sociales y las maneras en que las prácticas se materializan en el registro. Estos estudios fueron transformándose de acuerdo a los conocimientos disponibles, teorías y paradigmas hegemónicos, ideas de la época, relaciones de poder dentro del campo académico y del campo político general, tanto nacional como internacional (Crivelli 1990; González 1985; Johnson 2000; Nastri 2004a, 2004b, 2010; Politis 2003; Ramundo 2008a, 2008b; Tarragó 2003; Trigger 1991).

PERSPECTIVAS ARQUEOLÓGICAS SOBRE LAS SOCIEDADES ALDEANAS EN EL NOA

La indagación que se presenta analiza las múltiples narrativas generadas desde la arqueología para explicar la estructuración y los cambios en las sociedades aldeanas del NOA considerando tres elementos que resultan sustanciales para la construcción de las distintas visiones sobre esos fenómenos: escala de análisis, explicación del cambio y papel otorgado a la materialidad. El conjunto de aportes analizados en este trabajo surge de una selección arbitraria que tomó en cuenta aquellos que, con menor o mayor grado de generalización, constituyeron algún tipo de modelo o narrativa integradora sobre el desarrollo histórico de estas sociedades. En este sentido se hace evidente que la gran mayoría de los modelos explicativos sobre estos procesos se han construido desde el área valliserrana y desde allí se han extrapolado hipótesis y expectativas no siempre contrastadas con la evidencia local. Diversas regiones quedaron afuera de estos análisis y sólo desde el inicio de este siglo, desde sectores considerados anteriormente marginales, se ha empezado a modificar esta situación.

La centralidad dada a distintos sujetos y escalas sociales dentro de los discursos narrativos que intentaron convertirse en explicaciones acabadas de diversos procesos constituye un elemento fundamental para analizar los distintos trabajos que han tenido como objeto de estudio a las sociedades aldeanas del NOA. En este sentido consideramos que, como tendencia predominante hasta hace tres lustros, ha habido un énfasis marcado en la gran escala concibiendo como actores sociales a totalidades, ya sean “culturas”, “sistemas culturales”, “formaciones económico-sociales”, lo cual ha reducido la capacidad de las explicaciones arqueológicas para evaluar la trayectoria de agentes y escalas variables en las que los mismos entablan, negocian y transforman sus relaciones.

Las distintas posturas también varían ampliamente en los factores explicativos de los cambios y las transformaciones. Según se conciba a la sociedad, sus componentes o su esencia se han definido uno u otro tipo de elementos como los motores más importantes en su constitución, estructuración y transformación. Se considera que, salvo en notables excepciones, se han utilizado predominantemente factores externos a la sociedad y ajenos a las prácticas de los agentes, a las cuales éstos últimos deben amoldarse, en actitudes de respuestas pasivas, tanto a los procesos de difusión como a los cambios ambientales.

Finalmente, como tercer elemento donde se entrecruzan los dos anteriores, agentes y causantes del cambio, se analiza el papel que da cada una de las posturas a la materia, a los objetos materiales que básicamente son los elementos a través de los cuales construimos discursos de saber en arqueología, pero que a la vez constituyen una multiplicidad de entidades que se vieron entramadas en los procesos sociales y que fueron quienes generaron sus condiciones de posibilidad. Consideramos que se ha puesto énfasis sólo en aquel primer aspecto de los objetos materiales, es decir el de constituir evidencias de actividades, fenómenos, o procesos sociales, pero se ha dejado un poco de lado el hecho de ser verdaderos partícipes de los mismos.

Se inicia este análisis con las perspectivas arqueológicas surgidas en la segunda mitad del siglo XX, y se concluye con las de la actualidad. No se realiza un tratamiento profundo de las perspectivas arqueológicas predominantes durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX debido a que, salvo en notables excepciones, las sociedades aldeanas del primer milenio no existían como objeto de estudio en sí, y frecuentemente los objetos materiales realizados por ellas quedaban inmersos en las mismas categorías clasificatorias que los procedentes de grupos muy distintos como cazadores recolectores del Holoceno Medio, o sociedades de los últimos momentos antes de la Conquista³.

No pretendemos ver cada una de las perspectivas como etapas cerradas en sí mismas con límites temporales claros, sino más bien como tradiciones que van sedimentando distintos tipos de conocimiento que la disciplina adopta como propios e indiscutidos y que a la vez van incluyendo renovaciones de otros modos de practicar la arqueología. En un análisis de la arqueología latinoamericana Politis (2003) sostuvo que en casi toda Latinoamérica se seguía manteniendo el núcleo del pensamiento histórico cultural con la inclusión de algunos matices de adaptación y evolución. Si bien no se considera que esta apreciación alcance a dar cuenta de la variedad de corrientes teóricas y enfoques que se pueden observar en el paisaje teórico de la arqueología latinoamericana, este modo de análisis ha quebrado la progresión lineal «histórico-cultural/procesual/postprocesual» mediante la cual se caracteriza, habitualmente, la historia reciente de la teoría arqueológica; en cambio, traza un mapa más complejo que incluye, simultáneamente, varios caminos parcialmente sucesivos, paralelos y entrecruzados (Fiore 2006).

ORDENANDO MATERIALES EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO: EL INICIO DEL TEMPRANO COMO OBJETO DE ESTUDIO

El desarrollo de las técnicas arqueológicas en los países centrales, pero también el impulso dado a la educación superior y a la investigación en la segunda mitad de la década de 1950, provocaron ciertos cambios que revolucionaron la manera de hacer arqueología en nuestro país (González 1985; Olivera 1994; Ramundo 2008a; Tarrago 2003). Este empuje dado a la educación superior y a la ciencia formó parte de un proceso de enriquecimiento de las maneras de construir conocimiento en nuestro país, que se materializó en la consolidación de carreras en Universidades Nacionales, el apoyo a los proyectos de investigación y en la creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)⁴.

Bennett, Breiler y Sommers en 1948, construyeron la primera secuencia con verdaderos contextos materiales a los que asignaron cronologías tentativas. Esta periodificación fue el primer intento, después de varias décadas, de construir una sistematización del desarrollo histórico de los pueblos indígenas en distintas áreas del NOA y la primera vez en que se estableció una división generalizadora de Temprano, Medio, Tardío e Inka (Bennett *et al.* 1948).

En momentos de posguerra, a mediados de siglo XX, cuando algunos de los capitales culturales y científicos que se habían orientado otrora a fines bélicos, se orientaron al desarrollo del conocimiento, se produjo una inflexión en la historia de la arqueología mundial. Como consecuencia de esto en nuestro país, de la mano de Alberto Rex González, se iniciaron estudios sistemáticos en diversos espacios y regiones a partir de los cuales se construirían las líneas fundamentales del relato sobre el pasado prehispánico que en gran parte seguimos manteniendo hasta hoy.

Desde una perspectiva normativa y culturalista norteamericana, que se interesó por reconocer la profundidad temporal de los procesos sociales previos a la llegada de los españoles, los distintos grupos culturales que habitaron el Noroeste y su ordenación cronológica, se construyó la primera secuencia arqueológica para la región valliserrana, en el Valle de Hualfín (González 1955). La perspectiva normativa norteamericana tiene algunos puntos en común con la escuela histórica cultural vienesa, que tuvo cierta importancia en nuestro país bajo figuras como Imbelloni (1953) pero difiere en la importancia de la adaptación ecológica de la cultura y la factibilidad de los cambios culturales por mecanismos alternativos al difusionismo. La línea europea del culturalismo predominó en nuestro país hasta mediados del siglo XX, cuando González, influido por su formación en Columbia, introdujo las ideas que prosperaban en Norteamérica (González 1985; Tarragó 2003).

La aplicación del modelo normativo de González, permitió por primera vez tener conciencia del proceso de historia cultural que se había dado en el sector andino del norte argentino, y sobre todo de la variabilidad de las “culturas” agroalfareras, problema que hasta ese momento estaba en discusión. Además propuso elementos empíricos controlados que permitían contrastar su hipótesis: seriación de tumbas (excavadas varias décadas antes por Weiser y Wolters que conformaban la colección Muñiz Barreto del Museo de La Plata), recolecciones superficiales en sitios arqueológicos y excavaciones estratigráficas.

Podríamos plantear, junto a otros autores (Olivera 1994; Spano 2009; Tartusi y Núñez Regueiro 1993), que esos primeros trabajos de González significaron una verdadera bisagra en el pensamiento arqueológico argentino. Pero además constituyeron un punto de inflexión para el pensamiento acerca de las sociedades agroalfareras tempranas del NOA. Estas mismas fueron construidas por primera vez como objeto de estudio independiente del resto de pueblos agroalfareros. Como discurso que les dio origen, este mismo tuvo y aún tiene un alto impacto en los supuestos que se manejan y consideran sobre esas mismas sociedades.

En las primeras versiones, y enfatizando el carácter provisional de sus hipótesis, el contexto cultural “Aguada” representaba a la cultura agroalfarera más temprana. Esto se había dado así por una confusión en la seriación inicial, ante la ausencia de fechados absolutos, pero también por la expectativa teórica de González, centrada en una posición difusionista del cambio, la cual esperaba que los rasgos de una alta cultura fueran diluyéndose con el tiempo, después de que fueran difundidos hacia áreas periféricas. En este caso suponía que, desde algún espacio del Altiplano Boliviano o de los Andes Centrales, una cultura muy desarrollada, Aguada, se habría movilizado hacia el valle de Hualfín (y otros espacios de Valliserrana), a donde habría traído

por primera vez la agricultura, la ganadería, la alfarería y la metalurgia. En momentos posteriores, habría ido perdiendo algunos rasgos, como la metalurgia avanzada o la cerámica reductora, hasta que por un nuevo pulso de difusión se habría generado la cultura Belén, la cual se habría caracterizado por la formación de grupos de organización superior capaces de emprender tareas colectivas importantes, especialmente las relacionadas con la infraestructura productiva (González 1955).

En trabajos subsiguientes Aguada fue repositionada en momentos posteriores a los de Condorhuasi y Ciénaga (González 1960, 1961-1964a y b), con lo cual la secuencia adquirió de manera general su versión final, afinada posteriormente mediante el análisis estadístico de seriación de contextos, disponiendo ya de numerosos fechados radiocarbónicos (González y Cowgill 1970-75). Esta misma fue utilizada como secuencia maestra para relacionar todos los cambios culturales en las demás regiones, y si por un lado fue un marco útil para comenzar la aproximación a áreas desconocidas, por otro se convirtió en un obstáculo para entender los procesos particulares en otras regiones, que tuvieron trayectorias distintas como por ejemplo, el valle de Yocavil en el sector meridional de los valles Calchaquíes (Scattolin 2004a y b, 2007).

A partir de este momento el objetivo fundamental de la arqueología del NOA fue el de ampliar y profundizar este esquema general en el resto de las áreas aún no trabajadas, como la Puna (Krapovickas 1959,1966), Selvas occidentales (Berberían y Soria 1970; Dougherty *et al.* 1978; Heredia 1974; Serrano 1962), Santiago del Estero (Gómez 1966; Lorandi 1974) y en la misma valliserrana (Berberían y Massida 1975; González y Núñez Regueiro 1960; González y Sempé 1975; Núñez Regueiro 1970). Esta etapa de los estudios arqueológicos fue una de las más revolucionarias de la arqueología argentina, ya que en pocos años se transformaron las bases del conocimiento acerca de todo el pasado prehispánico, construyéndose un pa-

norama general de gran cantidad de espacios arqueológicamente desconocidos. Sin embargo, uno de los principales objetivos de las investigaciones fue la búsqueda en la totalidad de las áreas del mismo esquema cronológico y cultural construido para Hualfín.

Construidos ya los contextos culturales, y asignadas cronologías más o menos definitivas, a lo largo de la década de 1960, se comenzaron a englobar las trayectorias particulares en esquemas de desarrollo más abarcativos. En este sentido, Rex González propuso el Período Agroalfarero Temprano que en grandes rasgos, incluía los elementos que los arqueólogos norteamericanos utilizaban para definir al Formativo (Ford 1969; Willey y Phillips 1958), entendido como un estadio dentro de una secuencia histórico cultural areal o regional y caracterizado por la aparición de la cerámica y la agricultura (siendo predominantemente utilizado el primer criterio).

Esta secuencia comenzaba a dividir dos momentos en el primer milenio del NOA: Tafí, Condorhuasi, Ciénaga y Candelaria, quedaban dentro del Agroalfarero Temprano, mientras que Aguada constituía el Período Medio. Es decir que ese primer grupo de “culturas” conformaban los antecedentes formadores de las bases de Aguada, las cuales habían sido transformados por ciertas influencias altiplánicas.

Este discurso arqueológico, en el cual todas las explicaciones y análisis de los procesos históricos del primer milenio del área valliserrana giraban en torno a la dilucidación de la formación de Aguada, empezó a impregnar a las visiones que desde ese momento se formularon, y aún permanece en algunas lecturas que proponen diferencias de esencia entre los grupos aldeanos que manipularon la cultura material de ese estilo y quienes no lo hicieron. Extrañamente, estos últimos, ya sean cronológicamente anteriores, contemporáneos o posteriores, se suelen entender como el pasado de los primeros.

La lógica de la explicación de esta serie de trabajos podría englobarse bastante bien en lo que se ha conocido como visión normativa de la cultura (Binford 1965)⁵. En los mismos se puede observar claramente la visión difusionista que caracterizó a toda esta etapa de la arqueología científica en nuestro país. Considerando que este aspecto ha sido acabadamente analizado, discutido y criticado (Núñez Regueiro 1974; Núñez Regueiro y Tarragó 1972; Pérez Gollán 1992) se hará énfasis en un elemento implícito en él: la aceptación de una totalidad como agente principal de los procesos de cambio. Esa totalidad era la cultura. Cada cultura tenía maneras determinadas de vivir, de realizar sus artefactos y de organizarse socialmente. Hacia adentro, el grupo cultural aparece como un colectivo monolítico, que cambia en bloque.

Quizás en la actualidad aún se mantiene de manera implícita la idea de que dentro de cada contexto cultural los fenómenos sociales se dan de manera muy homogénea. Este es un elemento que ha impedido seguir la trayectoria de agencias alternativas, de actores sociales llevando adelante prácticas en otras escalas, desde distintas posiciones (signadas por género, identidad, acceso a capitales, etc.) en distintos campos. La cultura cristalizó como actor principal en estos relatos: Candelaria, Tafí o Ciénaga se constituyeron como agentes en sí. Tienen sus trayectorias propias y hasta relaciones entre ellas: se prestan rasgos, fusionan algunos otros y de repente pueden engendrar nuevos actores, como culturas (agentes) hijas.

Núñez Regueiro (1972, 1974) generó críticas claras a estas posturas, sobre todo por el uso de la cultura como unidad de integración sobre las cuales se basaba el análisis del desarrollo cultural. Uno de los problemas radicaba en la manera en que se construyeron esas unidades. El mecanismo consistía en determinar la presencia de un “contexto cultural”, suma mecánica de elementos materiales. Esta crítica lleva a otro punto central del análisis y es el del papel que tienen los objetos materiales en

la sociedad y en la construcción de los relatos que se construyen acerca de ésta. Claramente en esta postura los objetos eran interpretados como entidades donde se imprimían *normas* culturales – maneras de hacer que anidan en la mente de quienes ejecutan esos artefactos y que se integran dentro de normas que definen a un grupo cultural y lo diferencian de otro. De esta manera, los objetos cargan pasivamente reglas subyacentes en la mente de los individuos de una colectividad. Los contextos de rasgos materiales “descubiertos” por los arqueólogos permitían definir el grupo con el que se enfrentaban y diferenciarlo espacial y cronológicamente de las demás culturas ya conocidas. Las características de la cerámica, la metalurgia, los espacios domésticos o los enterratorios, podían ser utilizadas para definir a un grupo o cultura arqueológica. Sin embargo fue casi exclusivamente la alfarería el indicador principal utilizado, ya que constituían los artefactos que variarían más sensiblemente ante cambios en la cultura.

Estos cambios eran en general el resultado de préstamos de rasgos culturales entre distintos grupos, a través de la difusión, que procedían de espacios nucleares dentro de cada área cultural. En menor medida se apeló a buscar explicaciones adaptativas de la cultura al ambiente, pero siempre con un papel de segunda importancia.

A mediados de la década de 1970, comenzaron a plantearse modelos explicativos afincados en dos propuestas materialistas contrapuestas, la del materialismo histórico (Núñez Regueiro 1974) y la del materialismo sistémico (Raffino 1977). Aunque la primera fue sensiblemente afectada por las contingencias políticas establecidas por el gobierno de facto (con vigencia en el poder entre 1976 y 1983), en la década de los 80 las dos prosiguieron. En este contexto, desde estas dos posturas contrapuestas, se sustanció una idea que puso énfasis en la unicidad de las trayectorias y procesos que vivieron y estructuraron las sociedades aldeanas tempranas, bajo la categoría de *Formativo*.

DE TRIBUS Y JEFATURAS, MODELOS SOBRE LA DESIGUALDAD SOCIAL

Como se mencionara más arriba, severas críticas habían comenzado a formularse a los planteos culturalistas cuya vigencia se había prolongado por más de dos décadas. En el contexto de los fuertes conflictos sociales que se estaban dando en toda América Latina, los arqueólogos de distintos países como México, Perú, Chile y Argentina, comenzaron a pensar en una práctica arqueológica comprometida con las contradicciones del presente. Sobre todo comenzaron a pensar en cómo se habían construido las desigualdades sociales en distintos contextos, cómo había surgido la lucha de clases y de qué manera la misma había sido enfrentada mediante la aparición de aparatos políticos represivos.

Ante estos interrogantes la utilización de la cultura como unidad de análisis resultaba, al menos, poco productiva. Una generación de arqueólogos adoptó con grandes variantes el materialismo histórico, sobre todo el que había sido aplicado al estudio de la prehistoria europea por Childe. Esta línea de pensamiento formó las bases de la llamada Arqueología Social Latinoamericana, corriente que si bien se continúa hasta la actualidad ha perdido el impacto que tuviera anteriormente.

En Argentina, Núñez Regueiro fue el arqueólogo más comprometido con este marco explicativo, influenciado fuertemente por algunas lecturas de Lumbreras, pero también por las críticas que “nuevos arqueólogos” como Binford, Clarke y Chang, realizaban a la arqueología tradicional de Norteamérica (Núñez Regueiro 1972, 1974).

En su primitiva propuesta, Núñez Regueiro (1974) intentó analizar el desarrollo cultural en la subárea Valliserrana utilizando períodos, entendidos como categorías homotaxiales que dieran cuenta de la existencia de estructuras socioculturales compartidas que representan niveles de desarrollo semejantes, sin implicar variables cronológicas.

Las sociedades agrícolas del primer milenio fueron clasificadas dentro del período Formativo, el cual estaba dividido en tres subperíodos (Formativo Inferior -600 a.C. a 700 d.C.-; Formativo Medio -600 a 850d.C.- y Formativo Superior -700 a 1000 d.C.-). Si bien no está explícitamente formulado, Núñez Regueiro ya utilizaba aquí el modelo neoevolutivo para caracterizar a las formas de la evolución sociocultural, correspondiendo el Formativo a aldeas agroalfareras autónomas organizadas como *tribus*.

En esta visión el Formativo Inferior correspondía a las primeras sociedades con agricultura ya establecida, cuya organización social era muy simple, organizada sobre las bases del parentesco. El Formativo Medio, por su parte, representado por Aguada, habría constituido una trayectoria donde la superestructura se habría desarrollado a expensas de las fuerzas productivas, restringiendo “su evolución hacia formas superiores de organización y de explotación del medio” (Núñez Regueiro 1974: 181).

Finalmente, los pueblos del Formativo Inferior que no habían pasado por esa fase de incremento de las prácticas religiosas y guerreras, habrían dado inicio al Formativo Superior, en el cual se encuentran las bases del salto a un nuevo período, el de Desarrollos Regionales, donde aparecería una nueva forma de organización, los *señorios*. Es interesante ver en este planteo los ambiguos criterios para poner a un pueblo u otro en cada uno de los subperíodos. Sobre todo, el hecho de dividir la trayectoria de algunos de ellos sin poder explicitar claramente algún conjunto de cambios.

En este esquema de periodificación Núñez Regueiro buscaba alejarse de las culturas como unidades de análisis y pretendía utilizar a las entidades socioculturales concretas, sobre todo la estructura socioeconómica que las caracterizara (1974). El reemplazo de la cultura con esta otra totalidad, no resultó demasiado fructífero y rápidamente la misma comenzó a ser utilizada sólo como un sinó-

nimo de la anterior, como él mismo afirmara en trabajos posteriores (Tartusi y Núñez Regueiro 1993).

Si bien los cambios y las transformaciones no quedan explícitamente explicados, los mismos serían fruto de la evolución de las estructuras sociales, a causa de la introducción de nuevas fuerzas productivas, en base al desarrollo tecnológico.

Por último en este marco interpretativo, el papel de la materialidad en teoría debería ser dividido según su participación en la producción. Lo que define a una sociedad es la estructura del modo de producción, es decir, la relación orgánica de medios y relaciones productivas. En este sentido, los objetos que forman parte del instrumental de trabajo (herramientas de labranza, estructuras de cultivo, de almacenaje o de manejo de camélidos) definen una parte de los medios de producción. Por otro lado los objetos que no intervienen en ésta serían un aspecto superestructural, en el sentido clásico del término. Sin embargo, en la práctica los objetos materiales son sólo elementos pasivos donde se imprime el nivel y las características de las relaciones sociales de la estructura bajo estudio.

Lamentablemente esta postura teórica, que tenía la potencialidad de aportar a la comprensión del proceso histórico prehispánico mediante una profunda renovación teórica, fue truncada por la dictadura de 1976, a través de la persecución y consecuente exilio de muchos de sus representantes. Recién después de la restauración de la democracia estos volverían a reinstalarse en el país y podrían retomar su línea de trabajo y pensamiento arqueológico. Sin embargo sus propuestas se habían alejado ya del materialismo histórico más clásico de los setenta y se acercaban mucho más a visiones renovadas del neoevolucionismo, siguiendo por ejemplo a Renfrew (1973) y a Earle (1991).

Tartusi y Núñez Regueiro, que habían enriquecido su experiencia trabajando la arqueología

de cacicazgos en Venezuela (Núñez Regueiro y Tartusi 1987), proponen una nueva visión de la aparición de la desigualdad social en el desarrollo sociocultural del NOA. Distanciándose del estudio de la infraestructura productiva, estos autores reorientan su mirada hacia algunos aspectos de la materialidad que antes asociaban a la superestructura, los espacios ceremoniales (Núñez Regueiro y Tartusi 1987; Tartusi y Núñez Regueiro 1993, 2001). Según ellos, el crecimiento y el desarrollo del espacio organizado en el NOA eran consecuencia de fenómenos de polarización, es decir que habían partido de “polos”, con lo cual esta región podía entenderse como un área polarizada o nodal (Tartusi y Núñez Regueiro 1993, citando a Santillán de Andrés 1973). A través del primer milenio habrían ido surgiendo polos de desarrollo, básicamente generados por la acción de elites, que tenían la capacidad de gestionar y redistribuir excedentes generados por la creciente eficiencia de las técnicas productivas y la incorporación de variedades de maíz con mayor rendimiento (Tartusi y Núñez Regueiro 1993, 2001).

En un primer momento (estadio que llaman “cultista”), habrían existido varias jefaturas organizadas sobre la base de centros ceremoniales no unificadas, que habrían existido primero en el Valle de Tafi y luego en el Campo del Pucará. Legitimadas por la utilización de cierto repertorio ideológico compartido, que a su vez les permitía incluirse en redes de interacción macro-regionales (por ejemplo, la “ruta del cebil” propuesta por Pérez Gollán 1992), algunas de estas elites habrían logrado el progresivo eclipsamiento de polos locales, bajo la órbita de centros cada vez más influyentes. Este proceso habría sido lo que desembocó en la Integración Regional, bajo lo que se conoce como Aguada, con centro principal en el valle de Ambato (Pérez Gollán 1992, 2000; Pérez Gollán y Heredia 1987; Tartusi y Núñez Regueiro 1993, 2001).

En este contexto de pensamiento se gesta una discusión que apunta a tratar de introducir a los pueblos del primer milenio en un

tipo social determinado. Por un lado se retoma la diferencia de esencia, planteada originalmente por González, que separa a Aguada del resto de las sociedades aldeanas contemporáneas a ella. Esta sociedad habría sido la primera en dar el salto hacia la etapa de jefatura, mientras que el resto habrían sido grupos de pequeña escala con jerarquías incipientes (González 1998; Laguens 2006; Pérez Gollán 1992, 2000). En contraposición, se propone que ya a inicios de la era algunos grupos aldeanos habían logrado establecer pequeñas jefaturas, y que Aguada tendría características similares intensificadas integrando escalas espaciales mayores (Núñez Regueiro y Tartusi 2002; Tartusi y Núñez Regueiro 1993, 2001).

En estas visiones, conocidas como “top down” o “desde arriba”, las unidades de análisis no se constituyen como totalidades. Sin embargo, como es propio de los modelos neoevolutivos, la agencia es una cualidad propia de algunos agentes o roles definidos a priori: shamanes, curacas o jefes (Nielsen 1995; Shennan 1993). Las élites son quienes tienen la capacidad de convertirse en verdaderos agentes que monopolizan la infraestructura productiva, gestionan los excedentes, manejan las redes de intercambio y llevan adelante los cambios y las transformaciones. El resto de las personas no se constituyen como verdaderos agentes, ya que las condiciones de su vida, establecidas eficazmente por otros, son pasivamente aceptadas por ellos.

Los cambios se dan como el resultado de saltos o rupturas que llevan de una etapa a la otra. La construcción esencialista de tipos sociales lleva a explicaciones mecanicistas de las transformaciones, al no poder dar cuenta del momento en que una relación esencial entre las variables se ve trastocada. En este sentido es muy clara la idea “rupturista” que se utiliza para explicar el surgimiento de Aguada, en términos de saltos o revoluciones que permiten romper con las autonomías domésticas, surgiendo un sistema comunitario centralizado (Laguens 2006; Pérez Gollán 1992).

Finalmente es muy interesante considerar el papel que juegan los objetos en estas explicaciones, ya que por primera vez se les da un rol ciertamente activo, aunque secundario en los procesos y fenómenos sociales. La materialidad se consideraba parte de la superestructura, con capacidad de fortalecer y transformar las características de las relaciones sociales, a través de la legitimación, afianzamiento y extensión del estado de desigualdades que caracteriza a la estructura en cuestión. En este sentido es claro cómo se utilizaba en las explicaciones la aparición de espacios ceremoniales y de las tecnologías de prestigio, como las placas metálicas, cuya iconografía tiene gran potencialidad para justificar posiciones desiguales en la sociedad (Pérez Gollán 1986, 2000).

SISTEMAS Y AMBIENTES. LA ARQUEOLOGÍA SISTÉMICA Y EL PROCESO SOCIOCULTURAL

A fines de la década de 1970, paralelamente a la postura anterior surge una visión de la historia prehispánica también afincada en distintas críticas a la arqueología normativa y con la intención de buscar explicaciones más materialistas a los procesos. Ésta adoptó un pensamiento más cercano al positivismo funcionalista, la teoría de los sistemas, la cual era una rama importante de la “nueva arqueología” que predominaba en los Estados Unidos (Raffino 1989).

Este modelo se inclinó preferentemente a dar explicación a los procesos adaptativos de los grupos culturales al medioambiente, y fundamentalmente a las estrategias de subsistencia implementadas por cada uno de ellos. La dimensión económica, en términos de organización de la explotación de recursos, se volvió un aspecto determinante del resto de fenómenos sociales.

Raffino fue uno de los primeros arqueólogos en aplicar este programa de investigación para analizar procesos de larga duración protagonizados por las poblaciones agroalfareras que habitaron la Quebrada del Toro entre

2500 y 500 AP (Raffino 1973, 1975, 1977). Específicamente, estudió el sistema adaptativo de las poblaciones del Formativo inferior estableciendo las principales estrategias productivas de las mismas, proponiendo un modelo económico ganadero-agrícola, complementado por la caza de camélidos (Raffino 1977).

En esta misma línea de pensamiento se implementó un proyecto a largo plazo que intentó estudiar integralmente el registro material del Valle de Tañi desde un enfoque ecológico-cultural. Aplicando los lineamientos de la arqueología espacial se construyó un modelo funcional que sintetizaba las pautas de explotación económica del valle (Berberían 1988) proponiendo la existencia de dos sistemas de asentamiento (Tañi I y Tañi II). El primero estaba caracterizado por una baja densidad poblacional, con asentamientos residenciales dispersos, asociados a sectores productivos, y reducida inversión en tecnologías agrícolas. El segundo, surgido en respuesta quizás a presiones demográficas o agotamiento del suelo, se caracterizó por la aparición de poblados concentrados -verdaderas aldeas- y la formación de espacios productivos especializados que requirieron de la implementación de complejas tecnologías agrícolas (Berberían y Nielsen 1988).

Por primera vez entró en juego el problema de la *complejidad*. El proceso fue entendido, desde un punto de vista tipológico, transcurriendo de una sociedad más simple a una más compleja. Por otra parte, la explicación de la complejización puso en el centro al *stress* generado por el desequilibrio entre la población y los recursos disponibles.

Este planteo ecológico-cultural consideraba que la unidad de toma de decisiones era el *sistema*. Así, el conjunto de pobladores del Valle, que hasta un momento vivían dispersos en el paisaje y explotaban de manera extensiva los mejores terrenos productivos, habrían visto desafiado su equilibrio homeostático por presiones ambientales y demográficas, y habrían

decidido nuclearse en sectores no cultivables y efectivizar su producción construyendo estructuras específicas en sectores no tan aptos para los cultivos.

En este contexto Olivera (1991) impulsó una renovación de la idea de Formativo que manejaban las otras agendas arqueológicas, sobre todo la que la asociaba con un estadio en una secuencia de desarrollo cultural (Willey y Phillips 1958). Reinterpretó el término para hacer referencia a un tipo de sociedad que posee una serie de estrategias determinadas para proveer a su subsistencia en relación al medio externo, considerando que existen elementos básicos a tener en cuenta para su estudio: ambiente (con especial referencia a la disponibilidad de recursos), demografía, tecnología disponible y sistema de asentamiento. Este modelo aportó valiosas herramientas con una amplitud suficiente para dar cuenta de numerosos procesos en el NOA, y en este sentido fue aplicado con resultados productivos.

La diversidad de procesos y lógicas localmente variantes de los grupos agroalfareros fueron eclipsadas por la atención dada a los atributos comunes reconocidos en cada caso: las estrategias de adaptación basadas en opciones productivas, el alto grado de sedentarismo y la adopción de tecnologías novedosas. Según esta postura en los sistemas Formativos la segregación y la centralización (tomando las dos dimensiones propuestas por Flannery), eran bajas, con mecanismos de estratificación social y jerarquización política poco acentuados (Olivera 1991, 2001).

El concepto Formativo fue despojado así de su contenido temporal e histórico, resultando aplicable a un amplio rango de sistemas culturales. Adquirió carácter de presupuesto general, concibiendo la idea de que el mundo social se rige por mecanismos causales externos a los actores sociales que lo conforman. En este sentido, se proponía que la conducta humana es el producto de la acción de fuerzas no gobernadas por los agentes y que la

realidad social es algo exterior a los individuos (Korstanje 2005).

La narrativa acerca de los fenómenos incluidos bajo Formativo en esta agenda científica fue construida desde una concepción de las ciencias naturales, priorizando el modelo hipotético deductivo y desde una visión holista de la sociedad, enfatizando en la estructura y desestimando la agencia en otras escalas. Se aplicó así un modelo que acentuó el carácter simple, igualitario y homogéneo de las sociedades, exceptuando las que se introdujeron en la órbita de la Integración Regional bajo la formación superestructural de Aguada (Franco Salvi *et al.* 2009; Korstanje 2005).

Los agentes en esta explicación estaban fundidos en el sistema. La acción social se daba en tanto las personas funcionaban dentro de roles que podían aportar o mejorar el funcionamiento del todo. La autorregulación de aquél era el mecanismo que determinaba los cambios, los cuales surgían como respuesta a tensiones exteriores a la sociedad, ya sean condiciones ambientales, cambios climáticos, desequilibrios existentes entre una demografía creciente y el espacio productivo disponible.

Los objetos, por último, constituían los medios de adaptación extrasomática al medio. En este sentido, su actividad fundamental era ampliar la capacidad de adaptación humana a las condiciones externas, o responder a necesidades internas que surgen de las transformaciones de los subsistemas.

LA ARQUEOLOGÍA EN MIGAJAS, ENFOQUES ACTUALES SOBRE LAS PRÁCTICAS SOCIALES

La ruptura paradigmática que viven todas las ciencias sociales en la actualidad, también se puede observar en la arqueología. Ya no es posible encontrar grandes relatos comunes que pretendan tener el alcance para explicar una gran cantidad de fenómenos sino que se pretende analizar y comprender contextos más acotados a partir de marcos explicativos específicos, adecuados a cada problemática

particular. La multiplicidad de voces, visiones y posiciones se ha visto amplificada por el fomento que ha recibido la ciencia argentina en los últimos años, ampliando sensiblemente la cantidad de personas incluidas en la carrera de Investigador del CONICET y en el sistema de Becas Doctorales y Posdoctorales otorgadas en todas las ramas del conocimiento, además de la regularización de los llamados y desembolsos de subsidios a proyectos plurianuales de esta misma institución y de otras a nivel nacional y provincial. Esto posibilitó la formación de numerosos grupos de investigación con posibilidades materiales de llevar a cabo trabajo a largo plazo lo cual se convierte en la condición de posibilidad de un panorama teórico multivocal y también, aunque aún no en la medida deseada, plurilocal.

En este sentido el análisis de distintos procesos se ha visto enriquecido por la diversidad de enfoques que permiten interpretar y reconocer multiplicidad de factores, actores, prácticas y condicionantes que antes se pasaban por alto. Sin embargo se debe reconocer, que muchas veces la falta de un espacio conceptual común impide el diálogo entre investigadores que están pensando en las mismas trayectorias históricas. Utilizando la metáfora de Dosse (2006), se podría sostener que la arqueología actual, de la cual somos partícipes, se encuentra en “migajas”, o mejor dicho, está conformada por pequeñas arqueologías que han generado una especie de torre de Babel, donde el precio del incremento de marcos de referencia y de investigaciones a veces se paga con una problemática incapacidad de entablar un diálogo con las herramientas conceptuales comunes.

Uno de los puntos centrales ha sido la deconstrucción de los relatos precedentes, relativizando el alcance de las periodificaciones que utilizaban la secuencia maestra de Hualfín para entender todos los procesos sociales del resto de los espacios del área Valliserrana. En este sentido, los trabajos de Scattolin en el Valle de Yocavil, la Falda occidental del sistema de Aconquija y el valle del

Cajón (Scattolin 2004a y b, 2006, 2007, 2010; Scattolin y Korstanje 1994) han tenido un impacto transformador en la idea que se manejaba sobre las poblaciones del primer milenio. Esta autora pudo reconocer la especificidad de la trayectoria de las mismas mucho más relacionadas entre sí que vinculadas a los fenómenos registrados en Hualfín y otros valles meridionales como el de Catamarca o el Ambato. De la misma forma se han refinado las cronologías que se manejaban para esos espacios. Ha sido notable el aporte en este sentido de los trabajos de Gordillo (2007a), reconsiderando procesos de ruptura, abandono y pervivencias de la cultura material vinculada a Aguada.

Retomando los lineamientos fundamentales de la arqueología de la práctica se ha puesto el acento en los modos en que las prácticas sociales son llevadas a cabo por agentes que han incorporado modos de actuar dentro de un campo específico, pero que a la vez son los que han producido en sus acciones estas reglas de juego. En este contexto los estudios locales son los que toman relevancia en las explicaciones históricas de diversos procesos, ya que es en la microescala donde se reproducen las estructuras, las cuales no tienen lugar en la mente de los agentes, ni en el funcionamiento integrado del sistema, ni en ninguna otra esfera, más que en las prácticas mismas.

En este aspecto la materialidad residencial cobra primordial importancia ya que la *cultura doméstica*, entendida como el comportamiento cotidiano sacralizado materialmente en las viviendas, es el principal medio para la generación de esquemas taxonómicos que informan a los individuos, desde que nacen y se incorporan a la vida social, acerca de la manera en la que deben actuar, manejarse, moverse en el espacio, obedecer, etc. (equivalente a lo que Bourdieu 2002 definió como *habitus*) (Gordillo 2007b; Haber 2006, 2011; Salazar 2011).

La aplicación de elementos de la arqueología de género también le permitió decons-

truir los roles que los marcos neoevolutivos asumían como naturales, como el de señor, curaca, sacrificador. A partir de los análisis estilísticos de vasijas procedentes de los espacios anteriormente referidos, pudo establecer la importancia de las mujeres en los procesos sociales y políticos analizados (Scattolin 2006).

Otra visión que ha podido transformar la idea que se tenía acerca de los procesos de estructuración de las sociedades aldeanas del primer milenio, ha sido generada por Haber y Quesada, quienes estudiaron profundamente el Oasis de Tebenquiche en la puna de Antofagasta. Haber (Haber 2001, 2006, 2011; Haber *et al.* 2006) pudo reconocer cómo los aglomerados residenciales que se asocian frecuentemente con aldeas o comunidades fueron construidos a partir de la sumatoria de unidades domésticas que pretendían mantener su autonomía.

Fue clave para esta propuesta detectar la participación en esta construcción de las redes de riego, las cuales formaron parte fundamental de la reclamación del espacio social por parte de los grupos domésticos (Quesada 2006, 2009). En este punto podemos hallar otro elemento esencial de este nuevo programa que es la participación de la cultura material en los procesos sociales. En este caso ya no es la red de riego sólo un reflejo del nivel del desarrollo de los medios de producción o de la adaptación, sino que es una entidad que se está entramando en la conformación de colectivos, que está jugando activamente en la construcción de grupos domésticos. Este nuevo papel de la materialidad en las explicaciones será uno de los cambios sustanciales en estas nuevas formas de hacer arqueología.

La comprensión de las lógicas sociales de los procesos estructurados por parte de los habitantes de Tebenquiche, que se mantuvieron llamativamente constantes por más de un milenio, hasta el siglo XIII, también puso en tela de juicio la mencionada visión “nodal” del NOA, ya que para muchos de sus pobla-

dores el centro del mundo no se hallaba en lo que desde la actualidad consideramos central (debido a la centralidad que tienen en el relato científico), sino que estaba en el lugar propio, su vivienda y sus campos de cultivo (Haber 2007). El estudio de otras áreas entendidas como periferias analizadas desde ellas mismas ha sido notablemente provechoso (Gordillo *et al.* 2010; Oliszewski 2011; Quesada y Gheco 2011).

En este contexto, el Formativo ya ha dejado de ser una categoría apropiada para entender las trayectorias históricas de las comunidades aldeanas del primer milenio. El principal problema radica en la relación esencialista entre distintos atributos que asume tal categoría (estrategia productiva; sedentarismo; tecnologías novedosas; organización simple). Esto hace que si bien sea una categoría muy flexible (ya que pretende incorporar en ella todas las sociedades) sea poco fructífera para entender la variabilidad de los procesos históricos (Delfino *et al.* 2009; Franco Salvi *et al.* 2009; Muscio 2009).

Un intento interesante de reutilizar la categoría ha sido formulado por Korstanje, quien pretende devolver su historicidad al término para involucrar a los campesinos que comparten “el sistema económico y las estrategias adaptativas definidas por Olivera; la cultura material definida por González y Pérez Gollán; y la organización económica definida por Núñez Regueiro” (Korstanje 2005: 91). Lo interesante es que esta definición no engloba a todos los grupos que podrían caer dentro de esta definición sino que se refiere a agentes históricamente particulares: los que habitaron los Valles altos del NOA antes del surgimiento de sistemas políticos que redujeran o anularan su autonomía como campesinos (Korstanje 2005).

Por su parte Muscio (2009), afincado en el programa evolutivo darwiniano, propone volver al término más histórico propuesto por González, de Período Temprano (González 1963), por considerar que el mismo no está

atado a una concepción esencialista y que permite ver las características de las prácticas y sus cambios a través de su materialidad. Sin embargo como hemos visto, González estaba fuertemente influido por la idea culturalista de Formativo, y el Temprano cargaba con una concepción teleológica, que era su participación en la base de formación del Período Medio.

Reconociendo que sería erróneo unificar todas estas posturas dentro de un solo esquema de construcción del objeto de estudio, a los efectos de no abundar innecesariamente en cada autor específico, podríamos afirmar que algunos elementos en común nos posibilitan analizar a las “arqueología actuales”.

En principio, desde diversos marcos teóricos se han venido sosteniendo distintas críticas a las escalas de los análisis y los sujetos sociales utilizados, ya que no son suficientes para explicar distintas prácticas o lógicas históricas. El uso de totalidades poblacionales (culturales, sistémicas, estructurales o neoevolutivas) como unidades de análisis ignora las dinámicas del cambio social que pueden ser ubicadas en los puntos de conflicto entre clases, géneros y facciones (Ensor 2000). En oposición a esto se reconoce una intención recurrente a utilizar múltiples escalas y unidades de análisis. Muchos estudios ponen énfasis en la continua mediación entre la estructura y la práctica de los agentes, así como en agencias alternativas, que alcanzan mayores variables que los estudios anteriores: los campesinos, las mujeres, los difuntos, etc. (Delfino *et al.* 2009; Haber 2011; Korstanje 2005; Quesada 2006).

De esta última concepción se estaría distanciando la arqueología evolutiva cuya unidad de análisis es constituida por individuos racionales que actúan según principios universales, mediante estrategias optimizadoras. En una clara adopción del individualismo metodológico, consideran que los agregados sociales se pueden entender como la sumatoria de agentes individuales (López 2007; Muscio 2009).

Según estas posturas, los cambios y las transformaciones ya no son los únicos fenómenos dignos de explicación. Las continuidades también entran como objeto de estudio de las ciencias sociales. Asimismo, cambio y continuidad ya no son vistos como elementos contradictorios sino como dos caras siempre presentes en los procesos históricos (Franco Salvi 2012; Haber 2006 y 2011; Salazar 2011; Scattolin 2010).

Finalmente la materialidad adquiere, además del papel de evidencia arqueológica, un papel activo en la conformación de colectivos sociales. Los objetos ya sean estructuras de cultivo, espacios residenciales o ceremoniales, vasijas o placas metálicas, se entienden como entidades que en cierto sentido tienen capacidad de agencia, y son los seres que posibilitan que el mundo social se construya y se reproduzca (Franco Salvi 2012; Haber 2006 y 2011; Quesada 2006). En contraposición, la arqueología evolutiva

considera a la cultura material como fenotipo de los seres humanos (Muscio 2009).

CONCLUSIONES

En síntesis, podemos afirmar que el estudio de las poblaciones aldeanas del primer milenio en el NOA ha ido transformándose a través de más de medio siglo en una complicada trayectoria en la que se entrecruzan, posiciones teóricas, eventos de la vida política del país y el mundo y discusiones específicas de la disciplina arqueológica (TABLA 1). Estos condicionantes son los factores que han establecido las narrativas dominantes, las problemáticas analizadas, el tipo de datos generados y las explicaciones construidas para los mismos. Cada uno de estos pasos ha dejado un patrón indeleble en la perspectiva que hoy tenemos de las sociedades productoras de alimentos del primer milenio.

	Escala	Cambio	Materialidad
Arqueología Normativa (1950-1980)	Cultura, como totalidad integrada.	Cambio azaroso en las normas o difusión, adoptado en bloque.	Conjunto de objetos pasivos, que se constituyen como reflejo de normas culturales, que definen la identidad étnica de cada grupo.
Materialismo Histórico Clásico (1970-1976)	Estructura social como totalidad heterogénea.	Contradicciones internas entre las relaciones y los medios de producción, que llevan a atravesar etapas más o menos universales.	Parte de la superestructura. Reflejo del nivel de desarrollo de los medios de producción y de las relaciones sociales.
Materialismo Histórico Neoevolucionista (1985-2000)	Fragmentada en actores definidos a priori, como señores, o chamanes, los cuales tienen más capacidad de agencia que el resto.	Salto y rupturas necesarios para pasar de un tipo de organización a otro.	Papel activo como instrumento de legitimación de las desigualdades.
Materialismo Sistémico (1970-2000)	Sistema adaptativo como totalidad, donde las desigualdades están funcionalmente integradas.	Resultado de estrategias de adaptación al medio, eficientizando la relación costo/beneficio.	Medio de adaptación extrazomática. Reflejo de estrategias adaptativas.
Arqueología evolutiva (2000-¿?)	Individuos racionales cuya sumatoria conforma agregados sociales.	Resultado de la adaptabilidad de comportamiento, la selección y la deriva.	Fenotipo de la especie.
Arqueologías de la práctica (2000-¿?)	Escalas múltiples, énfasis en la diversidad y heterogeneidad de agentes e identidades.	A la par de las permanencias, resultado de la práctica de agentes y limitación de las estructuras sociales.	Agente activo, mediador de las relaciones sociales, con significados múltiples.

TABLA 1 • RESUMEN DE LOS TRES ELEMENTOS ANALIZADOS EN LOS DISTINTOS DISCURSOS ARQUEOLÓGICOS RECONOCIDOS.

Desde otro punto de vista Politis (2003) ha interpretado estas permanencias como un predominio hasta la actualidad de la arqueología Histórico Cultural en el núcleo del pensamiento de los arqueólogos sudamericanos. Considero que éstas responden a sedimentaciones del conocimiento, que a la vez que se constituyen como estructurantes y posibilitan nuestra práctica, la limitan debido a que son aceptadas como naturales. Una de esas sedimentaciones es la visión de que las sociedades aldeanas del primer milenio, exceptuando a las que incorporaron la materialidad Aguada, pueden ser entendidas como un único tipo social definido a través de la categoría Formativo.

En la actualidad, desde diversas narrativas arqueológicas, se pretende indagar los procesos sociales considerando las escalas múltiples de las prácticas y lógicas sociales, incorporando explicaciones de los cambios y de las permanencias que puedan implicar variables internas y externas a la sociedad e incluyendo a los objetos como mediadores activos en la conformación de colectivos y en las estructuración de procesos, y no como reflejo pasivo de los mismos. El giro más interesante que se está produciendo es el reconocimiento de la variabilidad de los resultados de las negociaciones de agentes sociales en trayectorias históricas divergentes. Sin embargo, este punto positivo puede constituirse también en el talón de Aquiles de estos enfoques debido a la particularidad y especificidad extrema de los conocimientos que se están generando. El péndulo de lo particular a lo universal, del conocimiento nomotético al ideográfico, parece no haberse detenido y puede volver a moverse en sentido contrario.

NOTAS

1. Ninguna de las sociedades andinas basó su subsistencia exclusivamente en la economía agrícola o pastoril, implementándose siempre una mixtura entre las mismas con el predominio de una u otra, según los recursos disponibles, las condiciones ambientales y las estrategias socia-

les, complementadas por recursos no domésticos procedentes de la caza-recolección.

2. Si bien no consideramos que los cazadores recolectores vivieran en un paisaje “natural” y los agricultores o pastores en un paisaje “cultural”, en el NOA se registra un cambio notable en este aspecto con la aparición de los primeros grupos que producían sus alimentos. En otros contextos de América, algunos grupos que no basaban su subsistencia en actividades productivas alteraron notablemente los paisajes que habitaban constituyendo entornos altamente construidos, por ejemplo los cazadores del litoral peruano (Pozorski y Pozorski 2008), brasilero (Gaspar et al. 2008) y uruguayo (López Mazz 2001).
3. Posteriormente a la caída de la hipótesis del autotonomismo del hombre americano, formulada por Ameghino (1881), la profundidad temporal en el proceso histórico precolombino había pasado a ser una idea discutida. Por un lado Ambrosetti y Uhle, aplicando técnicas estratigráficas y secuencias estilísticas, pudieron reconocer distintos momentos en el pasado prehispánico (Nastri 2004a, 2010). Uhle (1912) propuso una secuencia cultural aplicando la periodificación que él mismo había realizado para el Perú, según la cual el pasado prehispánico del noroeste presentaba una considerable profundidad temporal. Ambrosetti (1897), por su parte, suponía que una cultura anterior a la Calchaquí era la responsable de la presencia de los menhires del valle de Tafi. En contraposición, Boman proponía una historia menos profunda y más uniforme, con una perspectiva temporal horizontal (Tarragó 2003). De esta manera se formularon áreas culturales, determinándoles identidades en base a los relatos de los conquistadores españoles registrados en las crónicas. Todos los materiales que allí se registraban eran asignados al mismo grupo cultural, como los “diaguitas” (Márquez Miranda 1946). Todos los procesos que se habían dado en el área a través de miles de años, eran aplanados en un corto período, y todos los vestigios materiales de los mismos eran englobados como “costumbres” de ese pueblo. En este marco, la arqueología prácticamente aportaba las ilustraciones, o en el mejor de los casos la confirmación, de distintos rasgos que se encontraban en las fuentes etnohistóricas.
4. Muchos de estos auspiciosos logros se vieron truncados por sucesivos gobiernos de facto, en los períodos 1966-1973 y el de 1976-1983, cuyas consecuencias han afectado de modos casi irreversibles a la educación y la ciencia argentinas.
5. Sin embargo, habría que tomar ciertos recaudos con la idea de “normativa” que utilizamos,

ya que como lo apuntan Lyman y O'Brien (2004) ésta es más parte de un discurso generado ex post por los arqueólogos procesuales para presentar su marco como más avanzado, que la modalidad explicativa de investigadores interesados en la historia cultural.

REFERENCIAS CITADAS

ALBECK, M.

2000 La vida agraria en los Andes del Sur. En *Nueva Historia Argentina*, editado por M. Tarragó, Tomo I, pp. 187-228. Sudamericana, Buenos Aires.

AMBROSETTI, J.B.

1897 Los monumentos megalíticos del valle de Tafí (Tucumán). *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 18: 105-114.

AMEGHINO, F.

1881 *La Antigüedad del Hombre en el Plata*. Masson, París-Buenos Aires.

ASCHERO, C.

2007 Iconos, Huancas y complejidad en la puna sur argentina. En *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*, compilado por A. E. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vazquez y P. Mercoli, pp. 135-167. Editorial Brujas. Córdoba.

BENNET, W., E. BREILER y F. SOMMERS

1948 *Northwest Argentine Archaeology*. Yale University Publications. Number 38. London.

BERBERIÁN, E. E. (editor)

1988 *Sistemas de Asentamientos Prehispánicos en el Valle de Tafí*. Ed Comechingonia, Córdoba.

BERBERIÁN, E. E. y F. MASSIDA

1975 Investigaciones arqueológicas en Las Barrancas (Dpto. Belén, Catamarca). Nuevos aportes a la cultura Condorhuasi. *Revista del Instituto de Antropología* 2: 205-254.

BERBERIÁN, E. E. y A. E. NIELSEN

1988 Sistemas de Asentamiento Prehispánico en el Valle de Tafí. En *Sistemas de Asentamientos Prehispánicos en el Valle de Tafí*,

editado por E. Berberían, pp. 29-52. Ed Comechingonia, Córdoba.

BERBERIÁN, E. E. y D. SORIA

1970 Investigaciones arqueológicas en el yacimiento de Zárate (Dpto. Trancas, Tucumán). *Revista Humanitas* 16: 165-176.

BINFORD, L. R.

1965 Archaeological systematics and the study of culture process. *American Antiquity* 31: 203-210.

BOURDIEU, P.

2002 *El Sentido Práctico*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

CASTRO, V. y M. TARRAGÓ

1993 Los inicios de la producción de alimentos en el cono sur de América. *Revista de Arqueología Americana* 6:91-124.

CRIVELLI, E.

1990 Un campo de huesos secos: la arqueología argentina en el último decenio. En *Propuestas para una Antropología Argentina*, compilado por F. Berbeglia, pp. 11-130. Biblios, Buenos Aires.

DELFINO, D., V. SPIRO y A. DÍAZ.

2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20: 111-134.

DOUGHERTY, B., H. CALANDRA y R. CROWDER

1978 Arqueología de la Selvas Occidentales del norte. *Sapiens* 2: 40-50.

DOSSE, F.

2006 *La Historia en Mijagas: De Annales a la "nueva historia"*. UIA, Departamento de Historia, México.

EARLE, T.

1991 The Evolution of Chiefdoms. En *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*, editado por Earle, pp. 1-15. Cambridge University Press.

ENSOR, B.

2000 Social Formations, Modo de Vida, and Conflict in Archaeology. *American Antiquity* 65 (1): 15-42.

FIGLIORE, D.

2006 Oponencia 5: Comentario a "The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America" de Gustavo Politis. *Arqueología Sudamericana* 2 (2): 188-190.

FRANCO SALVI, V.

2012 *Estructuración Social y Producción Agrícola Prehispánica durante el Primer Milenio d.C en el Valle de Tafí (Tucumán, Argentina)*. Trabajo final presentado para acceder al grado de Doctora en Historia. UNC. Córdoba. Ms.

FRANCO SALVI, V. J. SALAZAR y E. BERBERIÁN

2009 Reflexión teórica acerca del Formativo y sus implicancias para el estudio del Valle de Tafí durante el primer milenio d.C. Andes. *Antropología e Historia* 20: 197-117.

FORD, J. A.

1969 *A comparison of Formative Cultures in the Americas. Diffusion or the Psychic Unity of Man*. Smithsonian Institution Press. Washington.

GASPAR, M. D., P. DEBLASIS, S. K. FISH y P. R. FISH

2008 Sambaqui (Shell Mound) Societies of Coastal Brazil. En *The Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W. H. Isbell, pp: 319-338. Springer.

GÓMEZ, R.

1966 *La cultura de las Mercedes (Contribución a su estudio)*. Publicaciones del Instituto de Antropología de Córdoba.

GONZÁLEZ, A. R.

1955 Contextos culturales y cronología en el área central del Noroeste Argentino. *Anales de Arqueología y Etnología* 11: 7-32.

1960 Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón (IV). Resumen y perspectivas. *Revista del Instituto de Antropología* 1: 303-331.

1961- La cultura Aguada del Noroeste Argentino.
1964a *Revista del Instituto de Antropología*. N°2-3: 205-254.

1961- Nuevas fechas de la cronología arqueológica
1964b argentina obtenidas por el método de radio-

carbón (V). Resumen y perspectivas. *Revista del Instituto de Antropología* 2-3: 289-298.

1963 Las tradiciones alfareras del Período Temprano del NOA y sus relaciones con las áreas aledañas. *Anales de la Universidad del Norte* 2: 49-65.

1977 *Arte Precolombino en Argentina. Introducción a su Historia Cultural*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

1985 Cincuenta años de arqueología del Noroeste Argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50 (3): 505-517.

1998 *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

GONZÁLEZ, A. R. y G. COWGILL

1970- Cronología del Valle de Hualfín, Pcia. de
1975 Catamarca, Argentina, obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 383-404. Buenos Aires.

GONZÁLEZ, A. R. y V. NÚÑEZ REGUEIRO

1960 Preliminary Report on Archaeological Research in tafí del Valle, NW Argentina. *Akten del 34 Amerikanisten Kongress*, pp. 18-25. Viena

GONZÁLEZ, A. R. y C. SEMPÉ

1975 Arqueología del valle de Abaucán. *Revista del Instituto de Antropología* 2: 49-129.

GORDILLO, I.

2007a Eran otros tiempos. Cronología de la Integración Regional en el NOA. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica Cultural del NOA en el Ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 221-234. Buenos Aires.

2007b Detrás de las paredes... Arquitectura y espacios domésticos en el área de La Rinconada (Ambato, Catamarca, Argentina). En *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino: la Vivienda, la Comunidad y el Territorio*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vazquez y P. Mercoli, pp. 65-98. Ed Brujas, Córdoba.

GORDILLO, I., E. CALOMINO y V. ZUCCARELLI

2010 En el cercano oriente: el borde como

- centro. Arqueología en el Dto. El Alto, Catamarca. Ponencia presentada en el XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Mendoza.
- HABER, A.
- 2001 La domesticación del Oasis. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo I, pp. 451-466. Córdoba.
- 2006 *Una Arqueología de los Oasis Puneños*. Sarmiento Editor. Córdoba.
- 2007 Comentarios Marginales. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica Cultural del NOA en el Ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, V. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 59-72. Buenos Aires.
- 2011 *Las Casas, las Cosas y los Dioses. Arquitectura Doméstica, Paisaje Campesino y Teoría Local*. Editorial encuentro, Córdoba.
- HABER, A., M. QUESADA y M. RAMOS
- 2006 Tebenquiche Chico en la superficie del tiempo. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* 29: 61-79.
- HEREDIA, O.
- 1974 Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las selvas occidentales. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 73-132.
- IMBELLONI, J.
- 1953 *Epítome de Culturología*. Ediciones Nova, Buenos Aires.
- JOHNSON, M.
- 2000 *Teoría Arqueológica: Una Introducción*. Ariel, Barcelona.
- KORSTANJE, A.
- 2005 *La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina)*. Tesis doctoral en Arqueología. Universidad Nacional de Tucumán. Ms.
- 2007 Territorios Campesinos: producción, circulación y consumo en los valles altos. En *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vazquez y P. Mercoli, pp. 191-224. Ed Brujas, Córdoba.
- KRAPOVICKAS, P.
- 1959 Arqueología de la puna argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 14-15:53-113.
- 1966 La Puna argentina. *Actas del Congreso Internacional de Americanistas*, vol. II, pp. 209-228.
- LAGUENS, A.
- 2006 Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. IV-X d.C.). *Chungara* 38 (2): 211-222.
- LEDESMA, R. y C. SUBELZA
- 2009 Alcances y limitaciones para caracterizar las ocupaciones formativas en Cafayate (Salta). *Andes* 20: 111-134.
- LÓPEZ, G.
- 2007 Aspectos sociales de la transición al pastoralismo en la Puna: una perspectiva evolutiva. En *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vazquez y P. Mercoli, pp. 83-104. Ed Brujas, Córdoba.
- LÓPEZ MAZZ, J.
- 2001 Las estructuras tumulares del litoral Atlántico uruguayo. *Latin American Antiquity* 5: 3-35.
- LORANDI, A. M.
- 1974 Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8: 199-236. Buenos Aires.
- LYMAN, R. y M. O'BRIEN
- 2004 A History of Normative Theory in Americanist Archaeology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 11 (4): 369-396.
- MÁRQUEZ MIRANDA, F.
- 1946 The Diaguita of Argentina. En *Handbook of South American Indians*, vol. II, pp. 637-654. Bulletin 143. Smithsonian Institution. Washington.
- MUSCIO, H.
- 2009 El Formativo es una Unidad de Análisis Inadecuada en la Arqueología del NOA.

- En *Arqueología y Evolución. Teoría Metodología y Casos de Estudio*, editado por G. López y M. Cardillo, pp. 97-213. Buenos Aires.
- NASTRI, J.
- 2004a Los primeros Americanistas (1876-1900) y la construcción arqueológica del pasado de los Valles Calchaquíes. En *Hacia una Arqueología de las Arqueologías Sudamericanas*, editado por A. Haber, pp. 91-114. Universidad de Los Andes, Colombia.
- 2004b “La arqueología argentina y la primacía del objeto”. En *Teoría Arqueológica en América del Sur*, editado por G. Politis y Peretti, pp. 213-240. Olavarría
- 2010 Una cuestión de estilo. Cronología cultural en arqueología andina de las primeras décadas del siglo XIX. Y principios del siglo XX. En *Historias de Arqueología Sudamericana*, editado por J. Nastri y L. Menezes, pp. 95-122. Fundación de historia natural Felix de Azara, Buenos Aires.
- NIELSEN, A. E.
- 1995 El pensamiento Tipológico como Obstáculo para la Arqueología de los Procesos de Evolución en Sociedades sin Estado. *Comechingonia* 8: 23-48.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V.
- 1970 The Alamito Culture of Northwestern Argentina. *American Antiquity* 35(2): 133-140.
- 1972 Conceptos que han obstaculizado el desarrollo de la Arqueología en Sudamérica. *Estudios de Arqueología* I: 11-35.
- 1974 Conceptos instrumentales y marco Teórico en relación al análisis del desarrollo Cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 169-190.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V. y M. TARRAGÓ
- 1972 Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación. *Estudios de Arqueología* 1: 36-48.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V. y M. TARTUSI
- 1987 Aproximación al estudio del Área Pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 125-160.
- 2002 Aguada y el proceso de integración regional. *Estudios Atacameños* 24: 9-19
- OLIVERA, D.
- 1991 *Tecnología y Estrategias de adaptación en el Formativo (Agroalfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un caso de Estudio: Antofagasta de la Sierra (Catamarca, RA)*. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de La Plata. Ms.
- 1994 A corazón abierto: Reflexiones de un Arqueólogo del NOA. *Rumitacana* 1: 7-11.
- 2001 Sociedades agro-pastoriles tempranas: el Formativo Inferior del Noroeste Argentino. En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberían y A. Nielsen, pp. 83-126. Ed. Brujas, Córdoba.
- OLISZEWSKI, N.
- 2011 Ocupaciones prehispánicas en la Quebrada de Los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (ca. 2500-600 años AP). *Comechingonia* 14: 155-172.
- PÉREZ GOLLÁN, J. A.
- 1986 Iconografía religiosa andina en el noroeste argentino. *Boletín del IFEA* 15 (3-4): 61-72.
- 1992 *La Cultura de La Aguada Vista desde el Valle de Ambato*. Publicaciones del CIFYH 46: 157-173.
- 2000 El jaguar en llamas. La religión en el antiguo Noroeste Argentino, En *Nueva Historia Argentina*, editado por M. Tarragó, Tomo I, pp. 229-256. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- PÉREZ GOLLÁN, J. A. y O. HEREDIA
- 1987 Hacia un replanteo de la Cultura de la Aguada. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 161-178.
- POLITIS, G.
- 2003 The Theoretical Landscape and the Methodological Development of Archaeology in Latin America. *American Antiquity* 68(2): 245-272.
- POZORSKI, S. y T. POZORSKI
- 2008 Early Cultural Complexity on the Coast of Peru En *The Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W. H. Isbell, pp: 607-631. Springer.
- QUESADA, M.
- 2006 El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el

- primer milenio d.C. (Tebenquiche Chico, Puna de Atacama). *Estudios Atacameños* 31: 31-46.
- 2009 Discursos Cartográficos y Territorios Indígenas en Antofalla. *Intersecciones en Antropología* 10: 155-166.
- QUESADA, M. y L. GHECO
- 2011 Modalidades Espaciales y Formas Rituales. Los Paisajes Rupestres de El Alto-Ancasti. *Comechingonia* 14: 17-37.
- RAFFINO, R.
- 1973 Agricultura hidráulica y simbiosis económica demográfica en la Quebrada del Toro. *Revista del Museo de La Plata* VII.
- 1975 Potencial ecológico y modelos económicos en el Noroeste Argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 11: 25-26.
- 1977 Las aldeas del Formativo Inferior de la quebrada del Toro (Salta, Argentina) *Estudios Atacameños* 5: 65-109
- 1989 *Poblaciones Indígenas en Argentina*. TEA, Buenos Aires.
- RAMUNDO, P.
- 2008a *Estudio Historiográfico de las Investigaciones sobre Cerámica Arqueológica en el Noroeste Argentino*. Archaeopress, B.A.R., Oxford.
- 2008b Medio siglo de formación académica en arqueología: avances y cuentas pendientes. *La Zaranda de Ideas* 4: 141-146.
- RENFREW, C.
- 1973 Monuments mobilization and social organization in Neolithic Wessex. En *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*, editado por C. Renfrew, pp. 539-558. Duckworth.
- SALAZAR, J.
- 2011 *Reproducción Social Doméstica y Asentamientos Residenciales entre el 200 y el 800 d.C. en el Valle de Tafí, Provincia de Tucumán*. Trabajo Final para optar al grado de Doctor en Historia. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba. Ms.
- SANTILLÁN DE ANDRÉS, S.
- 1973 La región Noroeste del Territorio Argentino. *Geographica Varia Oper*, serie especial 4: 13-26.
- SCATTOLIN, M.C.
- 2004a Contornos y confines del universo iconográfico precalchaquí del valle de Santa María. *Estudios Atacameños* 32: 119-139.
- 2004b Categorías Indígenas y ordenaciones arqueológicas en el Noroeste Argentino. En *Hacia una Arqueología de las Arqueologías Sudamericanas*, editado por A. Haber, pp. 53-82. Universidad de Los Andes. Colombia
- 2006 La mujer que carga el cántaro. En *Género y Etnicidad en la Arqueología de Sudamérica*, editado por V. Williams y B. Alberti, pp. 43-72 INCUAPA UNCPB, Olavarría.
- 2007 Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica Cultural del NOA en el Ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, V. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 203-220. Buenos Aires.
- 2010 La organización del hábitat precalchaquí (500 a.C-1000 d.C). En *Habitat Prehispánico. Arqueología de la Arquitectura y de la Construcción del Espacio Organizado*, editado por E. Albeck, M.C. Scattolin y M.A. Korstanje, pp. 13-51. EdiUNJu, S. S. de Jujuy.
- SCATTOLIN, M. C. y A. KORSTANJE
- 1994 Tránsito y Frontera en los Nevados del Aconquija. *Arqueología* 4: 165-197.
- SERRANO, A.
- 1962 *Líneas Fundamentales de la Arqueología Salteña*. Salta.
- SELDES, V. y G. ORTIZ
- 2009 Avances en los Estudios bioarqueológicos de la región del Río San Francisco, Jujuy, Argentina. *Andes* 20(1): 11-33.
- SHENNAN, S.
- 1993 After social evolution: a new archaeological agenda? En *Archaeological Theory: Who sets the agenda?*, editado por N. Yoffee y Sherratt, pp. 53-59. Cambridge University Press.
- SPANO, R.
- 2009 La construcción del conocimiento sobre la cerámica de momentos tempranos del valle de Yocavil: un camino largo y sinuoso. *Comechingonia* 12: 55-74.

TARRAGÓ, M.

- 1999 El Formativo y el surgimiento de la complejidad social en el Noroeste Argentino. *Formativo Sudamericano: una Reevaluación*, editado por P. Ledergerber-Crespo, pp. 302-307. Cuenca.
- 2003 La arqueología de los valles Calchaquíes en perspectiva histórica. *Anales Nueva Época "Local, Regional, Global: Prehistoria Etnohistoria en los Valles Calchaquíes"*, pp. 13-42. University of Sweden.

TARTUSI, M. y V. NÚÑEZ REGUEIRO

- 1993 Los Centros Ceremoniales del NOA. *Publicaciones del Instituto de Arqueología* N°5. Universidad Nacional de Tucumán.
- 2001 Fenómenos cálticos tempranos en la Sub-

región Valliserrana. En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberían y A. Nielsen, pp. 127-170. ED Brujas, Córdoba.

TRIGGER, B.

- 1991 *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Ed. Crítica. Barcelona.

UHLE, M.

- 1912 Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. En *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 509-540. Buenos Aires.

WILLEY, G. y P. PHILLIPS

- 1958 *Method and theory in American archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.